

El Santo Padre en nuestra casa

¡De San Pedro de Roma... a San Pedro de Londres!



Las Hermanitas de los Pobres recordaremos especialmente el año 2010 con gratitud por una visita muy especial. En nuestra casa de San Pedro en Londres tuvieron la dicha de recibir en su casa al Santo Padre Benedicto XVI, durante su visita apostólica al Reino Unido. Compartimos con nuestros lectores los detalles de este encuentro gozoso.

A primeros del pasado año, nuestras hermanitas de Londres "San Pedro" (así se llama una de nuestras casas de esa gran ciudad británica...) recibieron por sorpresa y con gran emoción, una llamada telefónica desde la Conferencia Episcopal de Inglaterra y del

País de Gales que les advertía de que, corría el rumor que el Santo Padre Benedicto XVI tenía la intención de visitar una residencia de ancianos durante su visita al Reino Unido y que, parecía ser que el nombre de nuestra casa ¡figuraba entre los posibles lugares a visitar!...

Esta posibilidad se transformó pronto en una confirmación: "Sí, el Santo Padre ¡vendría a visitarnos!". Se pidió a las hermanitas que guardaran la noticia en absoluto secreto... Pero a medida que pasaban los meses, los rumores no paraban de crecer. ¿Cómo explicar sino que nuestra casa fuera visitada por un equipo anti-terrorista? ...¿Qué significaban entonces, todos esos helicópteros que últimamente sobrevolaban por el barrio?... Finalmente, en agosto el anuncio oficial de que el Papa visitaría una residencia de ancianos en el barrio de Vauxhall, no dejó lugar a dudas y las hermanitas pudieron por fin com-

partir la noticia. ¡Qué gran alegría para los residentes! ¡el Papa viene a vernos! Pueden imaginarse el revuelo que se formó en la casa... Bienhechores que se presentaban para ofrecer cosas: que si las flores, que si la alfombra roja, etc... La coral que redobló su empeño para ensayar los cantos que acompañarían el tiempo de oración que Benedicto XVI iba a pasar en nuestra capilla... Por la calle, la gente paraba a las hermanitas con simpatía: "¡Las hermanitas de los Pobres!... ¡van a recibir a un invitado muy especial!..."

Por fin llegó el gran día: 18 de septiembre de 2010. Fecha que quedará grabada para siempre,

Firmando el libro de oro. Constanza escrita de un hecho histórico para esta casa.



© lsp

CONGREGACIÓN

no sólo por este hecho histórico, sino también por el recuerdo de la bondad y la cercanía de Benedicto XVI, ya que todos se sintieron personalmente impactados de la atención que él dedicó a cada uno en particular.

Desde primera hora de la mañana la policía recorrió la casa entera con perros controlando después todas las salidas, pero a pesar de las fuertes medidas de seguridad el ambiente era alegre y distendido. Fuera en la calle, la multitud se iba agolpando para ver pasar al Santo Padre. Las autoridades y el séquito papal fueron llegando hasta que por fin, hacia las 17 h Benedicto XVI llegaba en un co-

che cubierto y era recibido con emoción por la Madre Provincial y la Madre Superiora de la casa que le hicieron pasar al interior de esta residencia londinense de las hijas de santa Juana Jugan.

Después de visitar la Capilla en dónde bendijo a los bienhechores, amigos, voluntarios y algunas hermanitas venidas de las otras casas de Inglaterra, el Santo Padre se dirigió a la sala polivalente en dónde le esperaban los residentes, la comunidad de hermanitas y los miembros del personal.

Sor Marie Claire, madre superiora de la casa le dirigió unas palabras de bienvenida:



© Mazur/www.thepapalvisit.org.uk

Una residente: Patricia Farsky, saluda al Santo Padre tras dirigirle unas palabras de bienvenida.



© Mazur/www.thepapalvisit.org.uk

(...) "Gracias Santo Padre, por haber incluido en vuestro programa esta visita a los ancianos. Con este gesto, usted destaca la gran importancia de los cuidados que merecen los ancianos en nuestro mundo.

(...) Visitando a sus hermanos ancianos, testimonia especialmente el amor inconmensurable del Corazón de Jesús por aquellos miembros de nuestra sociedad de hoy, que son más frágiles y vulnerables."

Después una residente tomó la palabra y en nombre de todos expresó al Santo Padre el cariño y el afecto que le tenían.

Benedicto XVI parecía muy distendido y feliz. Como pasó en su visita a la obra del Nen Déu en Barcelona con los niños discapacitados; es remarcable cómo en estos encuentros con los más débiles, el Santo Padre muestra su lado más humano y aparece mucho más relajado y cercano que en otros actos protocolarios.

A continuación el Santo Padre ofreció su mensaje particular a los ancianos. Palabras dignas de meditar que transcribimos íntegramente a continuación.

Discurso íntegro del Santo Padre Benedicto XVI en nuestra casa de Londres "San Pedro", sábado 18 de septiembre de 2010

Mis queridos hermanos y hermanas:

Me alegra mucho estar entre vosotros, los residentes de San Pedro, y agradezco a la Hermana Marie Claire y a la Señora Farsky sus amables palabras de bienvenida de parte vuestra. Me complace saludar también al arzobispo Smith de Southwark, así como a las Hermanitas de los Pobres y al personal y voluntarios que os atienden.

Puesto que los avances médicos y otros factores permiten una mayor longevidad, es importante reconocer la presencia de un número creciente de ancianos como una bendición para la sociedad. Cada generación puede aprender de la experiencia y la sabiduría de la generación que la precedió. En efecto, la prestación de asistencia a los ancianos se debería considerar no tanto un acto de generosidad, cuanto la satisfacción de una deuda de gratitud.

Por su parte, la Iglesia ha tenido siempre un gran respeto por los ancianos. El cuarto mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre, como el Señor tu Dios te ha mandado" (Deut 5,16), está unido a la promesa,





© Mazur/www.thepapalvisit.org.uk

"que se prolonguen tus días y seas feliz en la tierra que el Señor tu Dios te da" (Ibid). Esta obra de la Iglesia por los ancianos y enfermos no sólo les brinda amor y cuidado, sino que también Dios da recompensa con las bendiciones que promete a la tierra donde se observa este mandamiento. Dios quiere un verdadero respeto por la dignidad y el valor, la salud y el bienestar de las personas mayores y a través de sus instituciones caritativas en el Reino Unido y otras partes, la Iglesia desea cumplir el mandato del Señor de respetar la vida, independientemente de su edad o circunstancias.

Como dije al inicio de mi pontificado: "Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario" (Homilía en la misa inaugural de su pontificado, 24 de abril 2005) La vida es un don único, en todas sus etapas, desde la concepción hasta la muerte natural, y Dios es el único para darla y exigirla. Puede que se disfrute de buena salud en la vejez; aun así, los cristianos no deben tener miedo de compartir el sufrimiento de Cristo, si Dios quiere que luchemos con la enfermedad. Mi predecesor, el Papa Juan Pablo II, sufrió de forma muy notoria en los últimos años de su vida. Todos teníamos claro que lo hizo en unión con los sufrimientos de nuestro Salvador. Su buen humor y paciencia cuando afrontó sus últimos días fueron un ejemplo extraordinario y conmovedor para todos los que debemos cargar con el peso de la avanzada edad.

En este sentido, estoy entre vosotros no sólo como un padre, sino también como un hermano que conoce bien las alegrías y fatigas que llegan con la edad. Nuestros largos años de vida nos ofrecen la oportunidad de apreciar, tanto la belleza del mayor don que Dios nos ha dado, el don de la vida, como la fragilidad del espíritu humano. A quienes tenemos muchos años se nos ha dado la maravillosa oportunidad de profundizar en nuestro conocimiento del misterio de Cristo, que se humilló para compartir nuestra humanidad.

A medida que el curso normal de nuestra vida crece, con frecuencia nuestra capacidad física disminuye; con todos estos momentos bien pueden contarse entre los años espiritualmente más fructíferos de nuestras vidas. Estos años constituyen una oportunidad de recordar en la oración afectuosa a cuantos hemos querido en esta vida, y de poner lo que hemos sido y hecho ante la misericordia y la ternura de Dios. Ciertamente esto será un gran consuelo espiritual y nos permitirá descubrir nuevamente su amor y bondad en todos los días de nuestra vida.

Con estos sentimientos, queridos hermanos y hermanas, me complace aseguraros mi oración por todos vosotros, y pido vuestras oraciones por mí. Que Nuestra Señora y su esposo san José intercedan por nuestra felicidad en esta vida y nos obtengan la bendición de un tránsito tranquilo a la venidera. ¡Que Dios os bendiga a todos!



En su mensaje el Santo Padre mencionó a aquellos cuyas fuerzas físicas disminuyen y tampoco los olvidó en nuestra casa ya que, después de saludar a los que estaban en la sala polivalente, tuvo el detalle de subir al primer piso para visitar a los más enfermos, demasiado débiles para bajar a verle. ¡Qué alegría para ellos! Quien se presentó no solamente como un “padre” sino “como un hermano que conoce las alegrías y las penas que se derivan de la edad” conmovió los corazones de nuestros residentes.

Fuera, bajo una carpa, muchos familiares y amigos fueron invitados para acoger también al Santo Padre que al salir les alegró acercándose para saludarles y entreteniéndose especialmente con los niños.

“Estoy entre vosotros no sólo como un padre, sino también como un hermano que conoce bien las alegrías y fatigas que llegan con la edad.”

Benedicto XVI

Después, saltándose el protocolo, en lugar de subir al coche que estaba preparado para sacarlo de la casa, salió a pie al encuentro de los vecinos del barrio que se habían concentrado delante de la fachada de la casa en un ambiente lleno de alegría.

Unos minutos más tarde, Benedicto XVI desapareció en dirección a Hyde Park. Todos sintieron como si el tiempo se hubiera parado, pero sin embargo había pasado una hora. ¡Una hora de acción de gracias! ¡Una hora del Santo Padre en nuestra casa!...



© Isp